

CONSIDERACIONES TEÓRICAS SOBRE EL DESARROLLO DE LA INTELIGENCIA MORAL EN NIÑOS Y NIÑAS

*Cristina Castillo Briceño**

Recepción: 6 de julio de 2007 • Aprobación: 4 de julio de 2008

RESUMEN

El presente trabajo trata sobre el desarrollo de la inteligencia moral, y la trascendencia que tiene la familia y la escuela en este proceso. Esta temática se analiza a partir de los postulados de Coles (1997). Asimismo, se abordan los elementos constitutivos de la inteligencia moral y los procesos que contribuyen a la formación de la conciencia moral.

Palabras claves: Inteligencia moral-Juicios morales-Sentimientos morales –conciencia moral-Intelectualismo moral-Emotivismo-Intuicionismo- Prescriptivistas-Consecuencialistas

ABSTRACT

This research analyzes the development of moral intelligence and the effect that the family and school environments have on this process. It analyses the notion of moral intelligence from Cole's postulates (1997). It also describes the constituents of moral intelligence and moral consciousness and the processes that contribute to their foundation- thus providing a inclusive analysis of emotional intelligence.

Key Words: Moral intelligence-Moral judgment-Moral sentiments (feelings) moral-consciousness-Moral intellect-Emotions-Intuition-Prescriptive-Consequence-minded

* Profesora en la Sede de Guanacaste de la Universidad de Costa Rica
[ccastill@cariari.ucr.ac.cr]

Introducción

Tradicionalmente el concepto de inteligencia se ha asociado con el de coeficiente intelectual (CI), al remitirlo a atención, razonamiento, lógica, memoria, aprendizaje, cálculo, pero en la actualidad, la noción de inteligencia ha ido ampliándose, desde un solo tipo de inteligencia (CI), hasta las inteligencias múltiples tal y como las planteó Howard Gardner (1983), quien a su vez “no descartaba el que la persona poseyera otras inteligencias, como la inteligencia espiritual, entendida ésta, como la capacidad para vivir orientada por un sistema de principios éticos” (Carballo, 2006, 3).

Posteriormente, David Goleman (1995) retomó las ideas sobre inteligencia emocional de Gardner, Peter Salovey de la Universidad de Harvard (1990) y de John Mayer de la Universidad de New Hampshire (1990) y difundió el conocimiento acerca de otras inteligencias, entre ellas, la emocional (Coeficiente Emocional: CE), la cual conceptualizó como el conjunto de capacidades que permite resolver problemas relacionados con las emociones.

Luego, Goleman (2006) propuso la inteligencia social (Coeficiente Social: CS), constituida por las habilidades sociales y talentos que posibilitan, de modo integral la eficacia interpersonal durante las dinámicas que se despliegan cada vez que la persona se relaciona socialmente, en una organización o grupo; llegó a diferenciar capacidades, aptitudes, habilidades, hábitos y respuestas como elementos de análisis.

Para Goleman el concepto reduccionista de inteligencia que se venía manejando no era suficiente para triunfar en la vida, era necesario algo más. Al respecto, se apoyó en la opinión de otros colegas,

para quienes el CI representaba solo el 20% de los factores que determinan el éxito de las personas, mientras que el 80% restante depende de otros factores, como el CE y el CS.

En 1997, Robert Coles enriquece los conceptos de inteligencia de Gardner y Goleman, con sus planteamientos de inteligencia moral; indican la trascendencia de la dimensión moral en la vida de las personas y, por lo tanto, la necesidad de formar a la persona, en este sentido mediante, los buenos razonamientos morales en la conducta, la cual interesa destacar en este artículo.

En virtud de lo anterior, el presente artículo tiene como objetivo señalar la significación del desarrollo de la inteligencia moral en niñas y niños. Con este propósito, se define semánticamente el concepto y sus elementos constitutivos; se explican las posiciones que existen con respecto a dicho tema y los procesos que contribuyen a su formación; así como la importancia de trabajarla en el ámbito educativo y en la familia para facilitar el desarrollo de una moralidad inteligente en los niños y niñas; por tal razón, se dan a conocer varias estrategias.

1. Conceptualización

La palabra moral se deriva del latín “*mos, moris*” (Barquero, 2001), “que significa costumbres, hábitos, e indica un tipo de conducta adquirido por medio del hábito y no por disposición natural” (Galarse, 2007, 1); según Fagothey (1998, 1) “la palabra latina es *mos*, y su plural *mores*, es el equivalente del *êthos* griego. De *mores* se deriva de la palabra moral y moralidad”. En ese mismo sentido, indica Gutiérrez (2002) citado por Matarrita y

Salas (2006, 18), “se entiende por **moral** del Latín *Mos- Moris: costumbre*, al conjunto de reglas de convivencia y de formas de vida, por medio del cual una sociedad determinada trata de realizar los valores del Bien, de la Verdad y de la Justicia y que determinan las obligaciones de los seres humanos en sus relaciones entre sí y con dicha sociedad”.

Por lo tanto, la moralidad social se refiere a la moralidad de la mayoría, a la moralidad dominante en una sociedad, a la repetición de actos que se vuelven hábitos socialmente aceptados, que se adquieren mediante procesos de personalización, socialización y moralización, donde la familia y la educación son fundamentales, por el aprendizaje, reaprendizaje y desaprendizaje que posibilitan. Para ello, es importante el desarrollo de la inteligencia moral desde la niñez, puesto que el niño y la niña no nacen como seres morales, se hacen morales en el proceso de convivencia social.

El concepto de inteligencia moral es viejo y nuevo al mismo tiempo, antiguo pues ya la Filosofía, la Ética, la Religión, el Derecho y la Educación se han ocupado de ella. Desde el inicio de la humanidad hubo reflexión sobre lo que está bien o mal en el quehacer cotidiano del ser humano, según se refleja en el pensamiento de Sócrates, Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás y otros, de acuerdo con Brenes y Porras (1997) y Fagothey (1998), aunque claro está, no se le llamaba inteligencia moral.

En efecto, desde que aparecieron los primeros grupos o colectividades humanas sobre la tierra, ahí estaban ya ciertas reglas o pautas –por muy elementales que fueran– que prescribían un determinado comportamiento que se juzgaba adecuado o ajustado.... Históricamente no se conoce ninguna sociedad, por muy primitiva que la queramos

suponer, que no tenga sus normas y pautas de conducta... En otras palabras, no hay –al parecer no puede haber– ninguna sociedad sin moral (Marlasca, 1997, 19-20).

Se sabe que se habla del desarrollo de la moralidad desde Durkeim (1972), al señalar que la educación moral se da mejor en centros educativos donde el alumnado puede participar en grupos más formales y menos flexibles que la familia; con Piaget (1971) cuando plantea que la moralidad conlleva respeto hacia los demás y juicios de igualdad e importancia de la interacción social para ello, mientras que para Kohlberg (1975), es fundamental la educación del carácter, pero con conocimiento, (trabajó esto desde los dilemas morales) y, Bennett (1976), con su enfoque de educación del carácter, Kohlberg y Piaget plantearon etapas del desarrollo del juicio moral.

Sin embargo, fue Nucci (2004), quien llevó más allá los planteamientos anteriores en su época, al destacar el desarrollo moral no centrado en sí mismo, ni de forma simplista y automático, sino articulada a otras dimensiones como la personal (objetivos personales y las emociones) y social (objetivos de la sociedad, contextos sociales, religión y cultura), dada la influencia de unos con otros en forma compleja.

Por otro lado, se dice que también es nuevo, por el creciente y marcado interés en plantear que es a través del desarrollo de la inteligencia moral que la humanidad podrá superar los grandes y pequeños problemas de corrupción, violencia, destrucción planetaria, intolerancia, desintegración familiar, pedofilia, consumismo, discriminación, narcotráfico, drogadicción, no convivencia pacífica, indiferencia, contaminación, delincuencia y otros. Hoy, más que nunca

se enfatiza en la necesidad de desarrollar la inteligencia moral en la persona común (pero no por eso menos importante), en los líderes, políticos, personas que dirigen el mundo de los negocios, profesionales de los diferentes campos, etc. Al respecto, se ha planteado que, “los padres no están educando integralmente a su hijo-a si solo se ocupan de su aspecto cognitivo, emocional, afectivo y sexual ... La conciencia moral es la que dirige hacia el bien todas aquellas áreas. Porque con su luz ilumina a la inteligencia y le da a conocer qué es el bien en determinado lugar y momento (Lecaros, 2008, 13)”.

Para Gozalvés (2007), la inteligencia moral se refiere a la capacidad de la persona para desarrollar razonamientos morales, para pensar, decidir y pasar a la acción en procura del bien, tener buenos juicios morales de acuerdo con la noción del bien y del mal que se quiera hacer; tiene que ver directamente con los principios y valores que cada persona desarrolla. En este sentido “la ciencia psicológica nos dice, que al nacer, el hombre no es moralmente ni bueno ni malo; es amoral. La verdadera moralidad no existe en el niño, hasta que no hay pensamiento lógico, aunque sea concreto” (Brenes y Porrras 1997, 454).

Desde esta perspectiva, algunos autores interesados en el desarrollo moral del niño y la niña, entre ellos Freud (1929), Kohlberg (1971) Piaget (1971) y Bull (1976, se refieren al estado previo a la instauración de la moralidad en sentido estricto, como anomia, premoralidad y amoralidad (Brenes y Porrras, 1997).

Según Coles (1997), un buen razonamiento moral, denominado también moralidad inteligente, requiere del desarrollo previo de la capacidad lógico-intelectual-moral para poder discriminar, distinguir, entre una acción bienhechora

o una injusta; entre lo que es un acto bueno y uno que no lo es. El desarrollo de la inteligencia moral “no puede ser un apéndice o un lujo en los manuales pedagógicos; no puede ser tampoco un conjunto de intuiciones emocionales; ni debe confundirse con la religiosidad (Brenes y Porrras, 1997, 255).

Por eso, es importante considerar que para educar integralmente no basta con saber cómo funciona el cerebro ni cuál es la estructura y la dinámica de las emociones, ni tener buen nivel de razonamiento, ni tener conocimientos, es preciso conocer dónde está el bien y querer ponerlo en práctica [voluntad].

Desde esta óptica, no se nace, en efecto, ni bueno ni malo; se aprende a ser bueno o malo, si bien ha de aceptarse una innegable influencia de la base constitucional en la moralización, tal y como lo ha probado Roldan, sirviéndose de la tipología del norteamericano Sheldon. Hablar, por lo tanto, de que el hombre nace moralmente bueno o malo, no es científico, ni serio (Brenes y Porrras 1997, 454).

Al respecto, afirma Coles (1997) que muchas veces el no poder discriminar correctamente, los actos buenos y malos conducen a distorsiones de la realidad de la persona, y se pretende, poner remedios psiquiátricos a lo que son problemas morales. Por lo tanto, es necesario tener claro los conceptos. Se entiende que la inteligencia moral es, la parte interna que se conoce como conciencia. Se define como la capacidad que se desarrolla gradualmente para poder tomar decisiones y actuar de manera correcta o incorrecta; según la formación de la propia conciencia, se tiene un comportamiento que beneficia o perjudica a quien lo ejercita y a quien lo recibe (Instituto de Educación Familiar, Departamento de Desarrollo académico, (2007, 8).

Para precisar la noción de lo que se considera inteligencia moral, es preciso partir de dos hechos fundamentales, bien reconocidos:

- Es un hecho que nadie juzga las acciones de un vegetal o de un animal irracional como acciones morales o inmorales. Sólo un ser humano es sujeto de actos morales o inmorales. Se puede por tanto, concluir que [la conciencia moral es una función de la persona humana] (Gozalvéz 2007, 3). Por lo tanto, los actos morales son típicamente humanos.
- La experiencia enseña que ciertas personas observan una determinada conducta moral y que otras se conducen de forma inmoral de acuerdo con lo establecido por la sociedad. En consecuencia, la conciencia moral no es un aspecto añadido a la persona, sino que es la misma persona, el sujeto de la conducta moral. La conciencia moral es una realidad dinámica que capacita al ser humano para captar y vivir los principios morales. Su desarrollo y maduración dependen, de la evolución y perfección de la personalidad de cada individuo.

La inteligencia moral es también conciencia de la libertad, la que permite distinguir que no todas las posibilidades de elección son igualmente valiosas. Por eso, es especialmente importante plantearse qué es y cómo funciona. La misma palabra ya da una pista, por cuanto estar consciente significa darse cuenta de lo que ocurre alrededor (discernir), querer hacer o dejar de hacer algo, elegir y tomar posición. La conciencia es una forma de conocimiento o de percepción de la realidad interna y externa del sujeto.

Según esta visión, la inteligencia moral es propia de la persona e indispensable para saber y comprometerse con lo que vale, valorar lo que merece la pena para la vida, y lo que puede dañarla saber lo que es bueno -o bien-, diferenciar lo malo y lo que hay que evitar.

Los actos morales, como acciones humanas que son, están orientados hacia el exterior, a la realidad, al mundo externo, hacia los demás, hacia los otros. Pero, por ser morales, tienen un aspecto interno, devienen de la conciencia, lo cual hace que sean valorables, vienen del interior de la persona y son su responsabilidad. Es decir: “no podemos olvidar que somos morales porque sabemos que podemos elegir, porque tenemos voluntad, sentimos que tenemos posibilidad de seguir caminos diferentes en nuestra vida, porque nos damos cuenta de que nuestras acciones tienen consecuencias (Rosales 2006, 6)”.

En concordancia con este texto, cuando se valora una acción realizada o por realizar, la inteligencia moral puede actuar de maneras diferentes: poder sentir que lo hecho o lo que se va a hacer está bien o mal, sin saber exactamente por qué; se puede también analizar las consecuencias reales o posibles de una acción (conciencia consecuente) y su conveniencia; o bien, recurrir a pensar en normas previamente aceptadas para enjuiciar la acción (conciencia antecedente).

En resumen, la inteligencia moral, no se agota en la palabra moral, es mucho más compleja, porque abarca la integridad del ser humano, en sus diferentes dimensiones de ser y hacer; es decir, también tiene que ver con el razonamiento, con la inteligencia emocional, porque es una forma de actuar con el mundo, que tiene muy en cuenta los sentimientos y

las emociones (neurociencia), y engloba habilidades individuales y sociales, tales como el control de impulsos, la autoconciencia, la motivación, el entusiasmo, la perseverancia, la empatía, el contexto y la cultura.

Al respecto, Nucci (2004) muestra que la moralidad es una dimensión distinta de los restantes valores sociales, ofrece sugerencias concretas para la creación de un clima moral en el aula, para el manejo de la disciplina con los estudiantes y para integrar valores morales en el currículo. De las respuestas contextualizadas a las cuestiones planteadas, se deriva un enfoque comprensivo que no reduce la educación moral a un proceso de inducción o inculcación, sino que aprovecha la motivación intrínseca del alumnado para comprender y dominar sus mundos sociales.

Por su parte, Bandura (1982) dio una aportación importante para el desarrollo de la inteligencia moral, con su teoría del aprendizaje social, al plantear y refutar las teorías instintivas, al señalar que así como se aprende del entorno social donde se vive, así también se puede desaprender y reaprender. O sea, que nunca es tarde para empezar o continuar con el desarrollo de la inteligencia moral, porque la realización de actos buenos no se agota de ningún modo.

Además de hacer énfasis en el concepto, resulta también importante referirse a los componentes de la inteligencia moral, aspecto que se tratará seguidamente.

2. Elementos constitutivos de la inteligencia moral

Aunque su desarrollo se considera muy amplio, se puede afirmar que en

el proceso de formación de la inteligencia moral, inciden tres factores de vital importancia: la formación de los juicios de valor, los sentimientos morales que ocurren antes y después de las acciones humanas y las corrientes normativas respecto a la inteligencia moral, para mayor comprensión, se hará referencia a cada uno de ellos:

- Entre los elementos racionales que concurren en la formación de los juicios morales, formulados antes y después de los actos humanos, se tienen los llamados juicios de valor, como primer elemento constitutivo. Estos por lo general, se asocian con posturas previas o condicionamientos premonitorios respecto a una situación (cualquiera que sea), frente a la cual las personas tienen que tomar una posición, y en la que inciden sus valores, creencias, ideología, y por qué no, hasta la posición social de los individuos. Los actos morales dependen de la voluntad (querer o no querer) y de la libertad (poder decidir o no) de la persona y son diferentes de los actos fisiológicos (respirar, la digestión), que no dependen del control de la persona. Así, entre sus cualidades se destacan:
 - a. Los juicios previos al acto moral establecen los principios. Por ejemplo: hay que hacer el bien y evitar el mal. En otras palabras, se juzga, si tal acto es bueno, debe ser realizado; de lo contrario, debe evitarse.
 - b. Los juicios después del acto. Una vez realizado el acto, la conciencia lo acepta si fue bueno y lo rechaza, si ha sido malo. La conciencia juzga también si el acto fue digno

de recompensa o de castigo. Si fue malo se pronuncia sobre la obligación de reparar los males causados, siempre y cuando se tenga desarrollada la conciencia moral.

- Otro elemento constitutivo son los sentimientos morales antes de los actos humanos, éstos se enfocan en aquellas acciones justas, en las cuales el individuo es socializado, personalizado y moralizado, dentro de una sociedad que postula la justicia societaria. Los sentimientos morales marcan la tendencia de hacer el bien y evitar el mal. Así, la persona, experimenta, a la vez, respeto al deber, y por ende, aprecia la conducta buena y menosprecia la mala.

Los sentimientos morales después del acto u omisión de éste son importantes, porque el deber cumplido produce en la persona satisfacción y beneplácito. Al no cumplir con su deber, el ser humano suele llenarse de tristeza, frustración, ansiedad y, a veces, de vergüenza o remordimiento por el mal causado.

- Como último elemento constitutivo, se tienen las corrientes normativas, dependiendo de las que asuma la persona en relación con la inteligencia moral, así se sentirá con respecto a sus actos, los cuales serán sopesados e interpretados en esta especie de balanza normativa, que le prescribe lo bueno y lo malo.

3. Posiciones con respecto a la inteligencia moral

Existen posiciones divergentes, que explican y dan toda una dimensionalidad,

a la inteligencia moral, pero no completas por sí mismas. Entre ellas se citan:

- **Intelectualismo moral:** considera la inteligencia moral como el conocimiento de lo bueno y lo malo. Por una parte, se produce en la persona una identificación entre el bien y el conocimiento; por otra parte, el mal se asocia con la ignorancia. En consecuencia, según el intelectualismo moral sólo se obra mal porque hay desconocimiento; en la ignorancia se cree que ese acto malo que se hace es un bien para sí y para otros. La manera de conseguir actuar correctamente será, pues, educar a la razón en los principios de la moral para que no pueda llevar a cabo valoraciones incorrectas sobre la bondad o maldad de las cosas y las acciones.

Esta posición ha sido muy cuestionada porque personas con suficientes conocimientos cometen graves actos inmorales (ejemplos de ello son estafas bancarias con tarjetas, los fraudes informáticos, el diseño de armas de destrucción masiva, las torturas a prisioneros de guerra). Por lo tanto, no basta con tener amplios conocimientos (conocer) para hacer el bien.

- **Emotivismo:** trata el asunto de forma diferente y opuesta, porque se basa en el planteamiento de la inteligencia moral como sentimiento. Según los emotivistas, por medio de la razón sólo se puede llegar a comprender lo útil o lo conveniente para determinados fines, ya que se basa más en un pensamiento lógico, pero no, si algo es bueno o malo.

Para los emotivistas la bondad o maldad de los actos, palabras, etc. se siente,

no se conoce racionalmente. Los juicios morales, dentro de esta corriente, no son más que medios para comunicar o dar a conocer esos sentimientos e intentar convencer a los demás de su validez.

- **Intuicionismo**, no considera que la razón o los sentimientos sirvan para determinar la maldad o la bondad de las acciones y las cosas. Para ellos, la intuición es una forma de entendimiento, que les permite percatarse directamente de lo bueno y lo malo, aunque no se conozca. Puesto que el bien o el mal no es una cualidad natural que se capta, material o tangible (como el color, el peso, el tamaño), no puede percibirse por medio de los sentidos físicos. Los intuicionistas ven la inteligencia moral como un sentido moral -intuición moral- que percibe directamente la bondad o maldad de las cosas y las acciones, sin uso de los sentidos físicos ni del razonamiento.

Según esta perspectiva, el intuicionismo y el emotivismo, aunque tengan posiciones diferentes, niegan que la razón sea un componente fundamental de la inteligencia moral. El intuicionismo considera que el bien y el mal está en las cosas y las acciones, son cualidades reales que se perciben. El emotivismo, por el contrario, sostiene que son sentimientos provocados por esas acciones y cosas; además pueden variar de una persona a otra y son objeto de discusión.

- **Prescriptivistas**, esta posición considera que la inteligencia moral se basa en el carácter prescriptivo y normativo (imperativo y de acatamiento) de los juicios morales. La inteligencia moral, según sus seguidores, asiente o

rechaza los mandatos que presentan los juicios morales, a partir de ciertos ordenamientos ya establecidos familiar y socialmente.

Indican que la manera de demostrar el asentimiento a lo que dice una norma es cumplirla; demostrar el rechazo, es no cumplirla. Por ejemplo, seguir o no, total, parcialmente o en nada, los 10 mandamientos que regula el comportamiento moral entre los grupos cristianos.

- **Consecuencialistas**, según esta posición se actúa bien, no se realizan actos malos por temor a ser descubierto y a las consecuencias de castigo, sanción o rechazo que se puedan dar a partir de un acto no aceptado moralmente por la sociedad o grupo al que se pertenece, y no por la toma de conciencia, o por convicción de que lo que se va a hacer violenta el derecho de sí mismo y del otro, lesiona algo o a alguien. Se basa mucho en el temor divino, social y jurídico.

Una crítica que se hace es que la inteligencia moral no debe ser consecuencialista por sí misma, se debe actuar en nombre del bien porque se cree en ello, no solo por temor al castigo, de ahí el cambio que se nota ahora en las catequesis católicas de preparación a la primera comunión y confirmación, con respecto a los deberes cristianos de los 10 mandamientos; ya no se dice “No robarás;” sino “Respetarás los bienes ajenos”, eso implica un sentido positivo de razonamiento, análisis y acción (Rosales, 2006, 4).

Dentro de este contexto de perspectivas conviene revisar ahora, los tres procesos bajo los cuales se forma la conciencia moral:

- Como primero está la socialización, proceso mediante el cual el ser humano en pleno desarrollo emocional, físico y psicológico se convierte en miembro pleno de un grupo social; adquiere las habilidades que se estiman necesarias para sobrevivir; las pautas de comportamiento exigidas por la sociedad a la que pertenece; interioriza valores, normas, símbolos fundamentales de esa población; aprende el aprovechamiento y la utilización de las principales herramientas e instrumentos de la colectividad.

El proceso de socialización se desarrolla por medio del aprendizaje, pero no de cualquier aprendizaje, sino del que sólo es posible por la interacción social, la inmersión en la cultura y el modo de vida del grupo en el que el individuo se está socializando. El hecho de que sea un aprendizaje hace que se produzca mediante la interacción con las personas al relacionarse entre sí.

Todo ello se lleva a cabo en el contexto social en el que se le está incluyendo. Supone la asunción íntima y la vivencia de normas, valores, procedimientos, sentimientos y emociones, implica la posibilidad de recombinação y reinterpretación de todas estas cosas que se reciben de la comunidad. Por tal motivo, se afirma que la socialización es un proceso activo.

Los agentes de socialización son elementos de la sociedad, que orientan la conducta de sus integrantes de forma activa, que transmiten maneras de obrar, pensar, sentir; expresarse, es decir, son valores morales propios de la sociedad en la que se vive. La familia, la escuela, la iglesia, el grupo de amigos, la empresa o lugar de trabajo, el partido político o los grupos de

edad y los medios de comunicación, son algunos de los agentes de socialización más importantes. Estos operan en todos los momentos de la vida del individuo. Si la familia es esencial en la infancia, al igual que la escuela primaria, el grupo de amigos es determinante para el desarrollo de la personalidad social, igual la empresa o el sitio de trabajo, constituye un elemento socializador crucial en la vida adulta.

La figura del simbolismo del árbol de la moral, con sus partes interrelacionadas entre sí que plantea Desclos (1997), ejemplifica el desarrollo moral y muestra la influencia de la socialización en la formación de la inteligencia moral. Dicha figura, propone entre sus componentes:

- a. Ramas, hojas, frutos y flores: representan las conductas o acciones expresadas en el **actuar**; pueden ser acciones buenas o malas. Las actuaciones de las personas es lo que se capta, lo observado, lo que se juzga.
- b. Tronco: simboliza los razonamientos dados por reglas, normas, leyes de la sociedad para asegurar la cohesión e integración en la sociedad, comprende las obligaciones; por lo tanto, indican **cómo actuar**.
- c. Las raíces: son las bases o sustento que indica **por qué actuar** dado que es aquí donde están los principios y valores que no se ven, están ocultos, pero se manifiestan en las acciones. Si esta parte está frágil o escuálida se debilitan los razonamientos dados por reglas y se dan acciones no positivas, no buenas.

- El segundo de los procesos que actúan en el desarrollo de la inteligencia moral es la llamada personalización. Ésta apunta a un proceso dinámico mediante el cual el sujeto madura, lo que le permite como ser humano desde que nace, ir desarrollando el encuentro consigo mismo y el desarrollo de sus potencialidades. Como el sujeto no está solo, sino en sociedad, la personalización acontece en íntimo vínculo con el proceso de socialización.

Al respecto, (Brenes y Porras 1997, 242) afirman: La personalización, en contraste con la socialización, denota todo aquello que la persona es y tiene independientemente de sus vinculaciones y papeles sociales. La personalización es un proceso de interiorización, de identificación consigo mismo, seguimiento del yo ideal y enriquecimiento de aquellas facetas del ser humano, actuantes aun en medio de su soledad y aislamiento.

De acuerdo con esta cita, la personalización se mantiene siempre independientemente de las circunstancias en que se encuentre el individuo. En el proceso de la personalización, el individuo desarrolla elementos muy importantes para el desarrollo moral, en los cuales la familia y escuela contribuyen grandemente. Entre estos se pueden citar:

- a. La Interiorización, conocimiento de sí mismo que lo lleva a la identificación consigo mismo.
 - b. La individuación de los otros para ser él mismo, singular, único y auténtico.
 - c. La integración, que busca la unidad y cohesión interna para llegar a ser persona.
- d. La autodeterminación para el desarrollo de la iniciativa, libertad de elección, autonomía e independencia.
 - e. La autorresponsabilidad, es el compromiso que adquiere el sujeto con su desarrollo como persona.
 - f. Finalmente, el autocontrol de las capacidades para poder actuar como persona moral en la sociedad.
- En tercer lugar, se tiene la “moralización”. Este es un proceso de adquisición y aceptación de las normas y las leyes sociales para vivir en sociedad que da como resultado el “yo moral”, es social porque se desarrolla en relación con los otros. Se adquiere mediante el aprendizaje diario en la familia, la escuela y otras instancias; por lo tanto, está articulada a la socialización y personalización. Se da únicamente para los seres humanos.

Como se indicó antes, la moralización no es innata, no es constitucional, ni genético; se adquiere en la convivencia social, en virtud del aprendizaje social que se genera al establecerse interacción con otros seres humanos. Por eso, se dice que el ser humano al nacer “no es moral; es amoral, no tiene conciencia de lo que está bien o mal. A lo largo de la vida se moraliza. Aprende a conocer, a elegir, a tomar decisiones, a actuar y a ser responsable de sus actos” (Brenes y Porras 1997, 255-56).

En virtud de la trascendencia de la moralización es muy importante que tanto la familia como la escuela presten especial atención a la adquisición de normas morales de los niños y niñas del entorno y de los adultos, así como del pensamiento racional, como estilo de vida cotidiano para ir constituyendo la inteligencia moral.

4. Importancia de la familia y la escuela en el desarrollo de la inteligencia moral

Al margen de las disputas sobre la importancia de la familia en sus funciones para la procreación, protección, educación y subsistencia del ser humano, es un hecho incuestionable, que cada vez adquiere relevancia en un mundo plural y democrático como el actual. Para Zeledón y Buxarraís (2004), la familia tiene un valor cultural, por su función formadora en las tradiciones y educación en valores, independiente de si la cultura es oriental, occidental, prehispánica, colonial e indígena. Erróneamente se ha querido responsabilizar solamente a la escuela de esta labor.

También, es determinante lo que el niño y niña recibe en su familia y en la escuela a través del cuidado, atención, formación, regulación, prescripción e instrucción. Todo lo que ellos-as reciben de los ambientes y espacios donde conviven y se desarrollan se evidencia en sus actos, ante diversas situaciones, bien sea entre sus iguales o con los adultos. Por eso se dice que.

Se capta si un niño tiene inteligencia moral en su forma de comportarse, en el modo en que habla con los demás y en como los toma en consideración. Para que los niños aprendan a ser moralmente inteligentes no se les puede enseñar de manera abstracta, sino a través del ejemplo y testimonio de los adultos cercanos. El niño aprende de alguien mayor a quien admira y en quien confía. (Válgoma, 2007, 1).

La importancia del ejemplo por parte de los adultos del grupo familiar y de los educadores es básico pues el niño o niña, entenderán el bien en la medida en que lo vea en acción [introyección, imitación y a la identificación], no en abstracto,

sino como una presencia concreta, como una práctica cotidiana. En efecto, se trata de saber que es una buena persona, a través de la conducta, la cual solo puede ser entendida por el niño o niña a través de su propia experiencia, según como sea tratado en su familia, en la casa y en la escuela.

Por lo anterior, el tiempo y la edad de desarrollo del niño y la niña en la escuela es un espacio que debe saber aprovecharse porque, tal vez como nunca antes ni después, el niño o la niña se convierten en una criatura “intensamente moral”, totalmente interesada en comprender las razones de este mundo: cómo y por qué funcionan las cosas, pero también cómo debe comportarse en las diversas situaciones y por qué. Es la edad del despertar de la conciencia, porque todo se lo cuestiona y anda en busca de respuestas.

El niño y la niña que asiste a la escuela primaria es mucho más capaz de reflexionar que los más pequeños, de preguntarse en voz alta y detenerse a pensar en silencio sobre lo que se ha preguntado, de buscar respuestas, de observar, analizar, de intentar ser bueno y de ponderar cuán [bueno] es. En esta etapa, la capacidad de utilizar el lenguaje para expresarse es clave para su desarrollo moral. El gran desafío de padres y educadores en estos momentos es prestar atención, responder clara y francamente a las innumerables preguntas que hacen los niños y niñas.

En la misma naturaleza del niño y niña de edad escolar está el constante preguntar, esta es la oportunidad de brindar respuestas directas y claras, a través de lo que se sugiere o recomienda, por medio de las historias que se les cuenta, los recuerdos que se comparten, las experiencias que se ofrecen como ejemplos. Prestar atención

a las preguntas que formulan es posible ir conociendo y comprendiendo sus cuestionamientos morales, sus confusiones, su interés de desarrollar su yo moral.

Si la familia y la escuela quieren facilitarles el camino que les permitirá ser moralmente inteligentes, se amerita tomar muy en serio el mismo concepto de “bondad moral y su deseabilidad” (Coles, 1997, 140). Es decir, hay que estimular en el niño y la niña el querer y desear hacer actos buenos. Pero, ¿cuál acto bueno hay que incentivar? Aquel que no busca dañar deliberadamente algo o a alguien, ni a sí mismo. La bondad moral y su deseabilidad no es una abstracción, sino un modo concreto de comportarse con los demás y consigo mismo, siguiendo la regla de oro tan vieja y popular como la humanidad misma, que dice: “trata a los demás como te gustaría que te traten”. Es un respeto a los derechos humanos.

Para el desarrollo de la inteligencia moral en el niño y niña por parte de la familia y la escuela no hay recetas absolutas, pero sí recomendaciones estratégicas, producto de la experiencia de trabajar con niños, niñas, adolescentes, padres de familia y educadores. A continuación algunas de ellas.

- Educar en vista del ser humano que se quiere formar.

Para ello, es fundamental y necesario clarificar el tipo de persona que se desea formar, tanto en el seno familiar como en el ámbito educativo, como proyecto de llegar a ser. Es necesario definir explícitamente el por qué y para qué se forma. La siguiente nota de una madre de familia es muy ilustrativa al respecto.

Estimado Señor Word:

Acabo de saber que usted es un nuevo profesor es esta escuela, así que me gustaría darle la bienvenida.

Mi hija estará en su clase este año. Por esto le escribo. Le quiero hacer una sola pregunta. Es esta: ¿Cuál forma de educación le va a ofrecer a mi hija, para qué usted va a educar?. Es que soy judía sobreviviente de los campos de concentración de Hitler. Allí vi muchos soldados muy bien educados que mataban constantemente a mi pueblo. Vi muchos médicos educados que dieron inyecciones fatales a miles de personas inocentes. Conocí a muchas personas educadas que estaban de acuerdo con Hitler. Le repito, señor mi pregunta: ¿Qué es para usted la educación, para qué va a educar a mi hija este año? (Ministerio de Educación Pública, 2001, 9).

Atentamente,
Ruth Golberg

Con respecto al texto anterior, cabe mencionar que hay familias y escuelas donde se arma un gran escándalo porque el niño o niña rompió el vidrio de la ventana, pero no por qué hizo fraude en una prueba. Algunos padres y educadores se preocupan por las cuestiones materiales del aula y la casa, pero no para conversar sobre la mala influencia del ambiente, en cómo educar para el esfuerzo, la sobriedad, la solidaridad, la generosidad, el servicio. “Algunas familias tienen aunque suene duro, un pobre proyecto del niño o niña que se está educando: se pierden en mil detalles y descuidan lo grande e importante” (Lecaros, 2005, 17).

Cuando se tiene claro el proyecto de ser humano que se quiere formar, las situaciones que se van presentando se atienden de manera formativa, así por ejemplo, si el niño o niña no saca una buena calificación en un examen se premiará el esfuerzo que hizo y no la nota obtenida, se castigará la falta de respeto al vecino y no llegar tarde a la casa o escuela por un imprevisto, “se conversará del futuro profesional, según lo que este le enriquecerá como persona más que cómo le enriquecerá el bolsillo” (Lecaros, 2005, 18).

Hay niños y niñas gravemente descuidados por sus padres y maestros, por lo que se vuelven apáticos y retraídos de un mundo percibido más como aburrido o amenazante que como origen de bienestar. Otros niños y niñas, no tan claramente rechazados, son simplemente rehuidos y tendrán sus propias formas de responder a un entorno que de algún modo falla a la hora de ofrecerles seguridad. En estas condiciones, se vuelven irritables e inquietos; pueden ser exigentes e intentar afirmarse una y otra vez, cuya benevolencia (o falta de ella) va marcando su destino día a día. Así aprenderán el camino del bien (a amar) en la medida en que se le ame.

Desde esta óptica, para el desarrollo de la inteligencia moral, la escuela y la familia deben tener presente que, “es vital la creación de un yo fuerte y generoso durante las dos primeras décadas de la vida, ese periodo es fundamental para propiciar educación moral (Coles, 1997, 145).

Este mismo autor insiste en diferenciar entre el coeficiente intelectual, inteligencia emocional y la inteligencia moral, y expone cómo puede enseñarse a la persona joven a ser moralmente inteligente, por medio del aprendizaje de la empatía, el respeto de sí mismo y de los demás, a través de buenos razonamientos morales, buenas decisiones y acertadas actuaciones. Al respecto se afirma: Algunas personas cuestionan la conducta moral, diciendo que la moral es relativa porque lo que es bueno para uno puede no serlo para otro, pero es tan sencillo como irse a la regla de consecuencias: la conducta moral trae consecuencias buenas, la conducta mala trae consecuencia malas (Instituto de Educación Familiar, 2007, 8).

En concordancia con este planteamiento, se concluye que independientemente del tipo de acto que se realice, siempre habrá consecuencias, de ahí la importancia de reforzar la visión personal.

- Favorecer el desarrollo de una visión personal.

Muy ligado a lo anterior, por la dimensión personal que conlleva. Es necesario ir desarrollando criterios morales, con el propósito de que el niño y niña tenga una visión personal clara de sí mismo-a, que les permita saber: quién es, cómo es, dónde y con quién vive (dónde está). La visión personal es una imagen futura de su *persona* desarrollada sobre sí mismo-a, tomando en cuenta sus potencialidades y la realidad en la cual se desarrolla. Su finalidad es ser la guía del proyecto de vida *personal* moral, en un contexto de cambios, de confusiones, de incertidumbres, para disminuir la posibilidad de perder el rumbo. Lo anterior, se reafirma de la siguiente manera:

No es suficiente enseñar a un hombre una especialización. Por este medio se puede convertir en una especie de máquina útil pero no en una personalidad desarrollada armoniosamente: Es esencial que el estudiante adquiera conocimientos y un sentido vivo de los valores, un sentido vivo de lo bello, y lo moralmente bueno. De otra manera él con su conocimiento especializado, se parecerá más aun perro amaestrado, que a una persona desarrollada armoniosamente. Debe aprender a comprender los motivos de los seres humanos, sus ilusiones y sufrimientos para así adquirir su debida relación hacia los individuos y la comunidad. (Ministerio de Educación Pública, 2001, 13).

Albert Einstein

Según esta estrategia, el desarrollo de una visión personal en el niño y niña es una apuesta movilizadora, sumamente

útil para el desarrollo moral, ya que sitúa al niño y la niña en una perspectiva de mediano y largo plazo; de esta forma se hace explícito el sentido y significado de lo que se es y lo que se quiere llegar a ser. Por tanto, se les debe orientar a analizar sus:

Fortalezas: como las características positivas que sirven para facilitar o impulsar el desarrollo moral.

Oportunidades: es todo el apoyo externo familiar, escolar, de amigos y de barrio que se recibe y fundamental para facilitar o impulsar la conciencia moral.

Riesgos: son las características personales reales, que impiden, obstaculizan o bloquean el ir desarrollando la inteligencia moral.

Amenazas: son las condiciones externas, que impiden, obstaculizan o bloquean el desarrollo de la inteligencia moral.

- El ejemplo

Para dar ejemplo es fundamental que padres y educadores se eduquen, porque educar es auto educarse. Exigir es primero autoexigencia hacia padres y educadores; por eso, el buen ejemplo es contagioso. El ejemplo del adulto es la enseñanza más persuasiva para el niño y la niña, por la identificación y la imitación que provoca, pero no de manera mecánica, sino valorativa y deseable.

Al respecto se indica: Si al niño o niña se le dice que el teléfono de la casa se debe usar para llamadas necesarias y cortas, porque se puede presentar una emergencia familiar o comunal y no hay posibilidades de comunicación rápida, pero, el niño y la niña observan que su madre dura más de media hora hablando por teléfono con la vecina, sobre el capítulo de la novela que vieron ese día,

el modelaje no es positivo, se le está brindando un ejemplo de todo lo contrario que se quiere que aprendan, aparte de que los mensajes que les están dando al niño o niña son contradictorios (Rosales, 2006, 9).

Por eso, es importante tomar en consideración que el modelaje y el ejemplo no son suficientes si no hay valores, ni claridad en el tipo de valores que se quieren desarrollar en el niño y niña. Esto significa que los valores no funcionan de manera automática ni mecánica, ni vacíos de un contenido valorativo apetecible.

La educación y la formación comienzan en la familia y la escuela, sobre la base del ejemplo, que no se pueden reducir a buenos ejemplos, de padres y educadores, por lo que la formación de valores es un proceso gradual, donde es necesario buscar, indagar cuáles valores y por qué vías se deben formar, desarrollar, afianzar y potenciar en diferentes momentos de la vida, según las necesidades que se vayan presentando.

Retomando a Coles (1997) conviene señalar las advertencias que éste hace a los padres de familia y educadores, frente al proceso de formación de la inteligencia moral, a saber:

Para vivir las virtudes no basta tener conocimientos teóricos; hay que saber lo que son y querer vivirlas, porque atraen. Se consigue inculcar este modo de vivir en los niños, si los adultos les dan un ejemplo auténtico, y si saben iluminar a los niños con su palabra en el momento oportuno. Aprecia mucho que las personas encuentren formas de vivir que realzan las virtudes (Coles 1997, 151).

Los niños y niñas perciben los mensajes contradictorios de los adultos a través del ejemplo, producto de una disonancia cognoscitiva (haz lo que digo, pero no lo que hago), por lo que se van creando su

propia interpretación. Es decir, que las normas unas veces se cumplen y otras no, las pueden acomodar según las circunstancias de sus motivaciones.

Un ejemplo que comúnmente cuentan los y las estudiantes, es que se les pide que se pongan en posición de respeto cuando se entona el Himno Nacional, pero ellos han observado que cuando se canta el himno patrio, en ciertos actos cívicos, algunos educadores están conversando entre sí, están sentados, movilizándose de un lado para otro (Rosales, 2006, 15).

Con respecto al ejemplo anterior, Coles plantea en su libro tres ejemplos que ilustran muy bien deficiencias de los adultos que dificultan promover el desarrollo de la inteligencia moral en los niños, niñas y adolescentes.

El primer caso, se refiere a una niña a la que encuentra copiando en un examen, las respuestas ambiguas de sus padres, maestros y maestras ante tal acto, que de alguna manera la disculpan y respaldan, le dan una pésima enseñanza moral, pretenden resolver el problema psicologizándolo, en lugar de verlo como asunto moral.

En un segundo ejemplo, se trata de un grupo de adolescentes que consumen drogas sin que el asunto sea atendido por profesores y autoridades educativas, aduciendo que carecen de pruebas directas del hecho y que no pueden actuar basados solo en rumores, así ocultan su falta de autoridad moral para intervenir. La negligencia o indiferencia no es un buen ejemplo para aprender.

Por último, el tercer ejemplo narra la actividad sexual temprana de una adolescente, sola y madre de una hija, sin nadie que se preocupe por brindarle apoyo emocional y moral para superar dicha situación.

Los niños y niñas regulan su conducta y se van formando una idea de lo bueno o lo malo, según lo que observan o captan al juzgar el comportamiento de padres, pares y profesores, vecinos, personajes de televisión, de literatura, héroes de historietas, de estrellas de la farándula, de líderes nacionales y mundiales. Por eso, es importante explorar esto con ellos conduciéndolos a análisis fundamentados,

- La unidad de criterios

La unidad de criterios entre padres de familia y educadores le da al niño y niña seguridad, porque no se posibilita la manipulación, el engaño, la confusión, la incertidumbre, la contradicción., de ahí la necesidad de que padres y educadores se conozcan y conversen, sobre sus expectativas, intereses y su intencionalidad educativa (tal y como se refleja en el extracto del pensamiento de Einstein, sobre el perro amaestrado y la carta de la señora Wood al nuevo profesor). Así “se evitará reducir la acción educativa a la crianza, la nutrición y la información” (Lecaros, 2005, 17).

La unidad de criterios entre padres y educadores forma un sólido entramado para el desarrollo de la inteligencia moral, por la integración de valores e intereses, la comunicación abierta, la mutua cooperación, por el respeto que genera, y el fortalecimiento del vínculo escuela y familia. Esto posibilita un accionar respetuoso y comprensivo donde no se desvaloriza la figura del padre de familia ni del maestro.

En la inteligencia moral los valores están para ser vividos, vivenciados en la convivencia familiar y escolar o no se entienden, de ahí la necesidad de la unidad de criterios. No pocas veces

la incoherencia de los adultos (entre lo que dicen, predicán o mandan y lo que hacen), la indiferencia o negligencia como padres de familia y educadores con respecto a su papel, deja sumidos a los niños y las niñas en la confusión de mensajes contradictorios.

- Los relatos

La utilización de relatos como estrategias de formación de la inteligencia moral es muy basta, por la riqueza de opciones que ofrece, pues va desde lo escrito, lo gráfico, lo animado, lo oral, las dramatizaciones, etc. Lo importante es que a través de relatos escritos, de historias verbales, se le presentan al niño y niña mensajes que les permiten comprender lo bueno y lo malo, lo justo y lo correcto, para ir formando su criterio moral al juzgar o examinar el mensaje.

En ese sentido, Coles (1997) presenta la utilización de dos cuentos cortos para dar a conocer el aprovechamiento de éstos en el desarrollo moral del niño y niña: El viejo abuelo y el nieto (sobre el respeto, amor y consideración a los padres y al adulto mayor) y Una historia del Bronx (trata las cuestiones morales de identidad, donde el conocimiento del bien se plantea como un camino hacia la libertad).

Se pueden aprovechar los cuentos infantiles como *Caperucita Roja* y la *Bella Durmiente* para deliberar sobre el tema de la obediencia; *Blanca Nieves* para trabajar la envidia y el amor fraternal; *Pedro y el lobo* para discutir los efectos negativos de la mentira; con Los tres cerditos se examina las implicaciones de la laboriosidad, la pereza y la falta de visión, así como los Cuentos de mi Tía Panchita por las moralejas que tienen, y otros, que sirvan para

fomentar el desarrollo de la inteligencia moral.

Igualmente, los argumentos que se presentan en el cine por medio de películas, son una herramienta valiosa y atractiva. Se pueden utilizar los relatos o tramas de algunos películas para formar criterio moral, tales como *Happy Feet* sobre el respeto a las diferencias individuales, *Lección de honor* para tratar la honestidad estudiantil y del profesorado, *Érase una vez un bosque*, para abordar el respeto por la naturaleza, la no contaminación y la solidaridad, para citar algunas. Hay infinidad de temas que trata el cine, adecuados para las diferentes edades.

También se puede recurrir a los relatos de la experiencia personal y de personas conocidas que son un ejemplo para generar reflexión, asunción de criterios e imitación, por lo valioso de su comportamiento.

- Hablar de la situación mientras se trata.

Esto aplica a cualquier edad del niño o niña, por lo que padres y educadores no deben pensar que todavía no tiene la edad suficiente para empezar a desarrollar su inteligencia moral. Cada situación que se presente para el desarrollo moral se debe trabajar en el momento necesario para que puedan comprender que se refiere a ella, y así puedan irse formando un criterio moral.

El desarrollo de la inteligencia moral se ve influida por varios procesos como la socialización, la moralización y la personalización que experimenta el individuo en sociedad, pero es vital iniciar desde edades tempranas; incluso, algunos plantean que desde que el bebé está en el vientre materno (Coles, 1997), y reforzarla

en la edad escolar, por la apertura que tiene en esta etapa de su vida, además hay espacios más propicios para facilitar el desarrollo de los cimientos morales sólidos; de esta manera, se pueden recurrir a diversas formas para propiciar ese desarrollo.

“Puede que el bebé de nueve meses no entienda todo lo que se le dice mientras lo retira del mango del horno, pero comprenderá por la intensidad de sus movimientos y su tono de voz mientras le dice” Te puedes quemar (Lecaros, 2005, 18).

A partir del tercer año de vida, con la aparición del lenguaje y del control muscular, aumentan exponencialmente las posibilidades para una educación moral explícita. El niño o la niña ya saben hablar y lo que escuchan puede tener un significado sustancial. A menudo sin tener conciencia de ello, los padres están proporcionando, una vía moral a sus hijos de dos o tres años, con lo que dicen o hacen; sugerencias, instrucciones, explicaciones, gestos, tonos de voz. “Así es como se hace esto, allí es donde vamos o no vamos, ahora es el momento de intentar tal cosa, en cuanto a lo que acabas de hacer, que no vuelva a ocurrir”. (Coles, 1997, 151).

- La utilización de los dilemas morales

Otra de las estrategias, son los llamados dilemas morales, propuestos por autores como Gozávez y Kohlberg para el desarrollo de la inteligencia moral. Los dilemas morales son relatos en que un protagonista está en una encrucijada moral, donde el niño o niña asume el papel del personaje, se identifica con él y siente la contradicción que le genera tal historia, se lee el texto dilémico, e insta al niño o niña a ofrecer una solución. La

secuencia sigue en forma argumentativa y prescriptiva, para generar debate y confrontación de diversos puntos de vista (que debería hacer él/ella en lugar del protagonista, qué haría el protagonista, por qué y para qué), como estrategia que les permita a padres y educadores conducir al niño y niña al cuestionamiento, al análisis, la solución y toma de conciencia sobre el qué, por qué y para qué de los actos.

Estas sesiones de análisis deben ser bien planeadas y con objetivos claros. Para efectos de utilizar los dilemas morales como estrategia de enseñanza en la escuela, Gozávez (2007), plantea una metodología compuesta por cuatro fases, donde el profesor también tiene participación activa.

- a. Planteamiento del dilema y formación de grupos de discusión.
- b. Diálogo en grupos y síntesis de argumentos.
- c. Debate en el grupo y plan de discusión.
- d. Reelaboración de perspectiva y conclusiones.

- Educar respetando las diferencias

Sobre esto, la literatura educativa ha trabajado bastante, no es nada nuevo. La justicia y equidad se basan en una noción de derechos, en dar a cada uno o una lo que le corresponde; es no tratar en masa al niño y niña en el seno de la familia y en la escuela, hay que respetar y comprender sus necesidades, carácter, edad, intereses, sin una falsa tolerancia, para que pueda buscar el bien, afianzar su proceso personalísimo de crecer y mejorar como ser humano, de modo que se motive para superar sus debilidades y reforzar sus características positivas. Implica un decir y un actuar.

Por eso, es tan importante tener un adecuado conocimiento de las habilidades, actitudes, intereses, recursos potenciales y reales, y los problemas de cada niño y niña para ir aceptándose y aceptar a los otros.

- Formar para el mundo real

Es preparar al niño y niña para conocer su entorno familiar, escolar, comunal, nacional y hasta internacional; para analizarlos, ver posibilidades de desarrollo y mejora con sentido realista y crítico, y, saber enfrentar la realidad del contexto donde se desarrolla, no para vivir en una burbuja, que los deja frágiles e indefensos.

Se cree muchas veces que porque son muy pequeños no comprenden el juicio moral., pero no es así. Aunque se trate de niños tan pequeños que aún no han desarrollado el habla ni la capacidad de razonar, eso no significa que no estén necesitando una formación moral. Esta formación se basa en que aprendan el significado del “sí” y el “no” desde edades tempranas. El niño de pocos meses puede desafiar a los adultos que le rodean “exigiendo” determinadas respuestas, ejemplo el niño o niña que arma un berrinche en el supermercado por que no le compran el juguete que quiere. Por eso hay quienes afirman que, “si le das a un bebé todo lo que pide y nunca te resistes a sus demandas le estás enseñando a no esperar nunca una negativa, y me temo que eso no es una buena preparación para la vida” (Coles, 1997, 151). Desde esta visión, cabe enfatizar que los límites favorecen la conciencia moral en el niño.

A modo de conclusión

La inteligencia moral se entiende como la capacidad de la persona para

juzgar el realizar o no una acción o comportamiento voluntario, ejecutado luego de una decisión, en la que intervienen todos los componentes de la moralidad: la habilidad de razonamiento general, el juicio o razonamiento y la toma de la perspectiva social de hacer el bien, es decir de no perjudicar ni hacer daño a otros u otros, ni a algo.

La inteligencia moral se desarrolla a lo largo de toda la vida desde el nacimiento por la influencia que ejercen los adultos, hasta la muerte, ya que siempre se está decidiendo entre una acción buena o mala, hacer el bien o no, dañar o no dañar. Es un proceso continuo a lo largo de toda la vida, no se agota.

El desarrollo de la inteligencia moral tiene elementos constitutivos, que se dan cada vez que el individuo realiza un acto humano, que depende de su voluntad y de su libertad.

Como se explicó, el desarrollo de la inteligencia moral es influida por los procesos de socialización, la moralización y la personalización, por los que pasa el individuo que vive en sociedad.

Por tal razón, es vital iniciar el desarrollo de la inteligencia moral desde edades tempranas, incluso hay quienes plantean que desde que el bebé está en el vientre materno, como Coles, y reforzarla en la edad escolar, por la apertura que tiene el niño y la niña en esta etapa de su vida.

Además, se destacó que existen espacios más propicios para facilitar el desarrollo de los cimientos morales sólidos, como puede ser la familia y la escuela, por la convivencia que se propicia, la integración del niño y la niña, para lo cual se puede recurrir a diversas estrategias.

El desarrollo de la inteligencia moral debe ser acompañado por la guía de los

padres y educadores, a través de diversas estrategias interactivas y ejemplarizantes, que se basan en el respeto. Los niños y niñas de primaria muestran una gran capacidad para probar el análisis moral de los principios y valores puestos en práctica. Detectan con facilidad la capacidad para comprometerse con lo que cada uno cree, o considera valioso, como un hecho que es posible para sí mismo y para los demás.

Por eso, es fundamental la coherencia de los adultos con los que interactúan, sobre todo padres, familiares y educadores, por la influencia y modelaje que ejercen. La inteligencia moral que van desarrollando les lleva a comprobar el valor en la práctica. De ahí, la confusión que se puede crear cuando se encuentran ante mensajes morales cruzados o contradictorios.

Para los padres y educadores es importante estar orientados en buena dirección (saber qué valores y por qué quieren desarrollarlos), porque los discursos morales abstractos se olvidan fácilmente; principalmente, se enseña por medio de análisis argumentativo, el ejemplo y la vivencia; esto ocurre continuamente, casi sin darse cuenta.

Referencias bibliográficas

- Bandura, A, Walters, R. (1982). *Aprendizaje Social y desarrollo de la personalidad*. Madrid: Editorial Alianza.
- Barquero, A. (2001). *Ética Profesional*. San José: EUNED.
- Brenes, E, Porras, M. (1997). *Teoría de la Educación. Material Didáctico*. San José: EUNED.
- Borba, M. Inteligencia Moral. (2005). *Las 7 virtudes que los niños deben aprender para hacer lo correcto*. Madrid: Ediciones Ibérica.
- Zeledón, M y Buscarais, M. Coordinadoras (2007). *La familia, un valor cultural: Tradiciones y educación en valores democráticos*. Henao, Bilbao: Desclée De Brouwer.
- Carballo, S (2006). Educación de la expresión de la sexualidad y inteligencia emocional en niñas, niños y adolescentes con derechos. *Revista electrónica Actualidades Investigativas en Educación*, 6 (3)0, 1-19.
- Coles, R. (1997). *La inteligencia moral del niño y del adolescente*. España: Editorial Kairós SA.
- Desclos, J. (1997). *Una moral para la vida*. España: Editorial San Pablo.
- Fagothey, A. (1998). *Ética. Teoría y aplicación*. México: Editorial McGRAW-HILL.
- Galarse, Emily. (2007). *¿Por qué una ética profesional en nuestros tiempos?*. En www.tupensamiento.com
- Goleman, D. (1995). *Inteligencia emocional*. España: Editorial Kairós SA.
- Goleman, D. (2006) *Inteligencia social. La nueva ciencia de las relaciones humanas*. España: Editorial Kairós SA.
- Gozálvez, V. (2007). *Inteligencia moral*. España: Editorial Tirant.
- Instituto de Educación Familiar. Departamento de Desarrollo académico. (2007). *El desarrollo de la inteligencia intelectual, emocional y moral*. www.catholicnet.inc.
- Lecaros, J. (2008). 10 principios para educar. *Revista Hacer Familia*, 111. España.
- Marlasca, A. (1997). *Introducción a la Ética*. San José: UENED.
- Matarrita, R, Salas, A. Compiladoras. (2007), *Antología sobre temas éticos, morales y deberes jurídicos*. San José: Colegio de Abogados de Costa Rica.
- Ministerio de Educación Pública. (2001). *Proyecto de vida*. San José: Departamento de Publicaciones
- Nucci, L. (2004). *La dimensión moral de la educación*. Henao, Bilbao: Desclée De Brouwer.

- Piaget, J. (1971). *El criterio moral en el niño*. Barcelona: Editorial Fontanella.
- Rosales, R. (2006). Conferencia sobre inteligencia moral a la Conserjería familiar de la Parroquia Inmaculada Concepción, Liberia, Guanacaste.
- Válgoma, M (2007). *La inteligencia moral del niño y del adolescente*. Resumen y traducción del libro de Robert Coles. En www.tubreveespacio.com